

*Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y
 llorábamos acordándonos de Sión.*

LIBRO DE LOS SALMOS

Gasté mi vida en el trabajo de volver.

ÁNGEL FIERRO

Virginia

Cuando llegamos a la laguna, el poblado estaba aún sin construir. Tan sólo unos barracones se dibujaban en la llanura y en ellos nos refugiábamos junto a las quince o veinte familias que habían ido llegando, procedentes de lugares anegados por pantanos como el nuestro, a aquel fangal infinito emergido de la desecación del lago que había cubierto hasta entonces el territorio virgen y desolado que íbamos a ocupar.

Y a cultivar, claro es. Porque junto con nuestros enseres y escasos muebles transportábamos también en el camión que nos había traído desde Ferreras los animales y los aperos que componían todo nuestro patrimonio, incluidas las dos vacas con cuya ayuda tendríamos que roturar las seis hectáreas que nos correspondían, según las escrituras que nos habían dado los ingenieros antes de nuestra partida, de aquella tierra baldía y del color de los sacos viejos que se extendía hasta el horizonte delante de nuestros ojos.

Los comienzos fueron duros y muy tristes. Instalados en uno de los barracones junto con otras cuatro familias llegadas, como nosotros, desde muy lejos (desde la provincia de Guadalajara, una, y las otras desde un pueblo de Za-

mora rayano con la frontera de Portugal), nos dispusimos a cultivar la tierra y a emprender una nueva vida en aquel lugar. ¿De qué nos valía ya añorar los verdes prados de Ferreras, los regueros y los huertos junto al río, los pastizales de las colladas y de los puertos de las montañas hasta los que subíamos a las ovejas en el verano y desde los que contemplábamos el maravilloso circo de peñas blancas e inaccesibles que rodeaba el hermoso valle de nuestro pueblo, diminuto allá, en el fondo, junto al río que terminaría con él? Ahora lo que teníamos era solamente eso: seis hectáreas de terreno plano como una masera de las que tendríamos que extraer el fruto que nos permitiría alimentar a los cuatro hijos, los cuatro todavía pequeños para trabajar.

Teresa, que es la mayor, tenía apenas dieciséis años. Fue a la que más le costó dejar atrás nuestra casa y a las gentes de Ferreras para siempre, pues por su edad era la más consciente de todos. José Antonio y Virginia, más pequeños, aunque también lloraron cuando nos fuimos y durante varios días permanecieron casi en silencio, sobrecogidos por la soledad del sitio en el que íbamos a vivir, en seguida se adaptaron y olvidaron Ferreras, si no del todo, sí como referencia, y lo mismo le ocurrió a Agustín. Justo todo lo contrario que nosotros, su padre y yo, que, como los demás colonos, mientras más pasaba el tiempo, más añoranza sentíamos de nuestro antiguo pueblo y de las montañas que lo envol-

vían y que son las mismas que me contemplan de nuevo hoy, sólo que rodeadas de un lago inmenso, el del pantano bajo el que yace aquél.

Domingo nunca quiso volver a verlas mientras vivió. Al revés que otros vecinos (los que se instalaron en la laguna como nosotros y los que se marcharon lejos, alguno incluso fuera de España), él nunca quiso volver aquí ni consintió en que nuestros hijos lo trajeran, como sí hicieron conmigo a veces. Él se quedaba solo en la residencia o —antes— en nuestra casa de la laguna y, cuando regresábamos, ni siquiera nos preguntaba qué habíamos visto ni si habíamos encontrado a algún antiguo vecino que, como nosotros, hubiera vuelto al borde del lago que ahora sepultaba el valle a imaginar bajo él los tejados de las casas y las calles sumergidas de Ferreras.

Durante los cuarenta y cinco años que han pasado desde el día en el que, con la casa a cuestas, abandonamos estas montañas camino de la llanura, Domingo nunca volvió a hablar del pueblo, como tampoco lo hizo de Valentín, el pobre hijo que se nos murió tan pronto. Domingo prefería olvidarse del pasado y para eso lo mejor, pensaba, era no nombrarlo. Yo, en cambio, aunque me habría gustado hacer como él: borrar los momentos malos de mi memoria y vivir como si nunca hubieran existido, jamás lo pude lograr; al contrario, mientras más hacía por olvidar, más recordaba y me dolía el recuerdo.

Me pasó con Valentín, de cuya temprana muerte nunca me recuperé, y me pasó con su abandono forzoso al dejar Ferreras, en cuyo cementerio sellado por una capa de hormigón (una medida obligada a fin de evitar que el agua erosionara la tierra de las sepulturas y sacara los huesos de los muertos a la luz) quedó, como la mayoría. Hubo quien sacó a los suyos y se los llevó a otro sitio, pero Domingo y yo, cuando nos lo plantearon, decidimos dejar los nuestros en su lugar, incluido Valentín, ya que nosotros no podíamos hacerlo. Y como con mi hijo me pasó con mi pasado. Sepultados bajo el agua del pantano como aquél, aquí quedaron los casi cuarenta años que había vivido hasta ese momento, todos en la misma casa en la que nací y crecí, igual que mi madre y que mi abuela Andrea; cuarenta años si no felices del todo (la muerte de Valentín y de mi padre todavía joven vinieron a disipar mi felicidad), sí al menos muy tranquilos y apacibles, pues nuestra vida estaba ya encarrilada por los mismos caminos que las de nuestros antepasados, aquellos hombres y mujeres que levantaron para nosotros todo lo que ahora teníamos.

En la laguna, en cambio, todo lo hubimos de construir nosotros. Salvo las casas, que las hicieron obreros llegados desde muy lejos (aunque, eso sí, las tuvimos que pagar nosotros: veinte años nos costó a Domingo y a mí terminar de hacerlo), todo lo demás lo levantamos con nuestro propio esfuerzo y dedicación, sin más ayuda que

la de nuestros vecinos; gentes llegadas, como nosotros, a aquella tierra baldía tras haber sido expulsadas por la fuerza de las suyas. ¡Cuánto tuvimos que trabajar y cuánto sudor dejamos en las que ahora son tierras fértiles y productivas pero que, cuando llegamos, no eran más que un lodazal del que, al llover, brotaba el agua de nuevo hasta el punto de que a veces tuvimos que abandonar precipitadamente los barracones para buscar un lugar seguro fuera del territorio antiguo de la laguna o, sin llegar a ese extremo, dormir con una mano fuera de la cama para que el agua no nos mojara si subía más de la cuenta!

Así que dejamos un pueblo hundido y nos establecimos en otro nuevo que navegaba en la indefinición: a veces en el agua y otras en medio del cereal y los girasoles. Lo más duro fue, no obstante —para los que procedíamos de lugares montañosos como nosotros al menos—, acostumbrarse a los nuevos horizontes y a la falta de accidentes geográficos que nos sirvieran para orientarnos en la llanura. Habitados como estábamos a que los montes y las colinas, los árboles y los caminos, las espadañas de las iglesias y las montañas de alrededor nos indicaran nuestra situación, en la antigua laguna desecada no había una sola referencia que nos sirviera para orientarnos, excepto el sol. Sólo él nos ayudaba, en los primeros tiempos al menos, a situar los puntos geográficos y, con ayuda de ellos, los campos que nos pertenecían. Recuerdo que Domingo se en-

fadaba cuando, después de dar muchas vueltas, nos deteníamos desorientados en medio de la llanura incapaces de saber la localización exacta de los nuestros.

Y, sin embargo, aquí ¡qué fácil era orientarse! Incluso todavía hoy, con todo el valle ya sumergido, podría señalar la situación no sólo de cada aldea: Quintanilla, Campillo, Utrero, Vegamián..., sino de la carretera y de los caminos. Y, al hilo de éstos, de nuestros huertos, de nuestros prados, del soto en que seстеaban las vacas en el mes de agosto, cuando el calor arreciaba hacia el mediodía, de la majada en la que guardábamos las ovejas en el invierno y en la que más de una vez dormí acompañando a mi madre con la vecera cuando era joven. Con los ojos tapados podría orientarme bajo las aguas y encontrar cada camino y cada lugar y, en cambio, todavía ahora me cuesta hacerlo en los de nuestro nuevo pueblo.

¡Qué duro debió de ser para mi marido! Yo, al fin y al cabo, seguía haciendo lo mismo, esto es, cuidando de la casa y de nuestros hijos y ayudándole a él cuando me quedaba tiempo, pero Domingo tuvo desde el principio no sólo que aprender a orientarse en la nueva tierra, sino también una agricultura que desconocíamos completamente, puesto que la de la montaña era muy distinta. Mientras que aquí apenas cultivábamos patatas y algo de trigo y centeno para el consumo de la familia y los animales (el pastoreo era lo

fundamental), en la laguna la tierra era tan feraz que permitía cultivos de todo tipo (remolacha, avena, maíz, alfalfa, cebada, trigo...), todos en grandes cantidades además. Menos mal que compramos aquel tractor (a plazos, como la casa) que nos ofrecieron a la vez que ésta, pues con la sola ayuda de las vacas no habríamos podido roturar toda nuestra tierra y mucho menos cosecharla luego. Con las distancias que hay entre campo y campo y las extensiones de éstos, habríamos tardado meses en poder hacerlo.

Cuando los hijos fueron creciendo y empezaron a ayudarnos con el campo, pudimos comenzar a respirar y a disfrutar de lo conseguido, si bien siempre con la tristeza de lo perdido y dejado atrás. Como los demás vecinos, habíamos mejorado nuestra situación (ahora vivíamos con desahogo), pero seguíamos añorando aquella vida anterior, sin duda alguna más pobre, pero en nuestra imaginación feliz y en nuestros recuerdos dulce; tan dulce como el paisaje en el que se desarrollaba y cuyos restos aún permanecen en el entorno del gran embalse que lo borró con excepción de las altas peñas y de los montes que lo rodean. ¡Lástima que Domingo ya no pueda verlos, pues, aunque siempre se resistió a volver, estoy segura de que, en el fondo, le habría encantado hacerlo siquiera fuera una sola vez! Si no, ¿por qué desde el primer día me dijo, cuando todavía estaba lleno de fuerzas y la muerte era una idea muy remota, tan remota como este va-

lle que él nunca quiso volver a ver, que, cuando falleciera, lo trajéramos aquí?

Me lo dijo cuando nos despedimos, aquella mañana fría del mes de octubre, de estas montañas, entonces ya pintadas de amarillos y granates (los de los cerezos bravos y los espinos; los frutales y los chopos de la vega habían sido talados ante el cierre inminente de la presa) por un otoño precoz, y me lo repitió dos veces, una en la residencia, el día en el que Teresa nos dejó en ella, y la otra ya en el hospital, poco antes de morir. Se ve que no se fiaba de que cumpliera lo prometido, dado lo que para mí supone. Y para él. Sin ser tan religioso como yo, Domingo jamás hubiera pensado en que lo quemaran de no haber sido por la imposibilidad de regresar a Ferreras de cuerpo entero a reposar para siempre junto a los suyos.

También había nacido allí. Cinco años antes que yo, por lo que me vio crecer e incluso me tuvo en brazos alguna vez, según me contó mi madre, pues vivíamos puerta con puerta. Tal vez por eso nos hicimos novios muy jóvenes y jóvenes nos casamos, yo más que él, evidentemente. Nunca conocí a otro hombre. No tuve tiempo de ello. Domingo ha sido para mí no sólo mi marido y el padre de mis hijos, sino el mío también en cierto modo. A la prematura desaparición del verdadero se unían mi inexperiencia y su mayor edad y determinación. Y ahora me ha dejado sola.